

Jerarquización social y señas de diferenciación: el caso de Évora en Portugal¹

Social hierarchy and signs of differentiation: the case of Evora in Portugal

Hiérarchisation sociale et marques de la différenciation: le cas d'Evora au Portugal

Georges AUGUSTINS

Universidad de Paris X, Nanterre, Francia,
georges.augustins@u-paris10.fr

RESUMEN

Las formas de diferenciación social –o si se prefiere, las desigualdades– encuentran en la vida social diversas formas de manifestarse. La apropiación del espacio urbano es una de ellas. En el Alentejo (Portugal), los contrastes sociales siempre han sido muy fuertes pero han sido la expresión de lógicas sociales diferentes según las épocas. La selección geográfica de los personajes importantes en la ciudad de Évora refleja las modificaciones de la estructura jerárquica. Así a la dispersión de los palacios, propio de la sociedad aristocrática hasta el siglo XIX sucede el reagrupamiento de las casas nobles en las calles principales propio de la fusión de la aristocracia y la burguesía mientras la gente pobre se situaba en las calles más estrechas. Finalmente, cincuenta años después, se evidencia una auténtica segregación residencial con el crecimiento de la ciudad extra-muros. Igualmente varía el uso de los lugares de sociabilidad en el centro histórico.

PALABRAS CLAVE

Diferenciación social
Apropiación del espacio
Medio urbano
Évora,
Portugal

ABSTRACT

Social differentiation always finds some form of expression in the urban environment since prestige, which is a quality attached to differentiation, needs devices to become apparent. In the Alentejo the social contrast has been very strong but it was a expression of a different logics in different times. Evora, today a town of medium size, the social prestige was attached, up to the XIXth century, to the noble quality and this quality was expressed by the possession of a palace, situated in any part of the city. Later on, the manifestation of prestige rested upon the possession of a 'noble house' situated in one of the main streets of the city, the narrow streets being inhabited by poor people who, thus, lived in the immediate surroundigs of wealthy houses. It is only during the second part of the XXth century that a real social segregation of space took place as a consequence of large scale migrations.

KEY WORDS

Social differentiation
Appropriation of space
Urban environment
Evora,
Portugal

¹ Este ensayo es continuación de un texto publicado en la revista *Ethnologie Française* en 1996 (cf. bibliografía) en el que se insistía sobre los aspectos propiamente geográficos de la estratificación social en Évora. Actualmente, se está terminando una obra más detallada.

RESUMEE

Les formes de différenciation sociale –ou, si l'on préfère, les inégalités– trouvent dans la vie sociale divers moyens de se manifester. L'appropriation de l'espace urbain est l'un d'entre eux. En Alentejo (Portugal), les contrastes sociaux ont toujours été très vifs, mais ils ont été l'expression de logiques sociales différentes selon les époques. La répartition géographique des personnages importants dans la ville d'Évora reflète les modifications de la structure hiérarchique. Ainsi à la dispersion de palais, liée à la société aristocratique, succède le regroupement des 'nantis' dans les rues principales, lié à la fusion de l'aristocratie et de la bourgeoisie naissante; enfin une véritable ségrégation résidentielle apparaît avec la croissance de la ville extra-muros depuis une cinquantaine d'années. De même varient les usages des lieux de sociabilité dans le centre historique.

MOTS CLÉ

Différenciation sociale
Appropriation de l'espace
Milieu urbain
Évora,
Portugal

SUMARIO 1. Jerarquía y espacio urbano. 1.2. Privilegio y posición de autoridad. 1.3. Autoridad, privilegio y jerarquía. 1.4. Formas de la jerarquía. 1.5. Estrategias residenciales y jerarquía. 1.6. Las estrategias residenciales. 2. El caso de Évora en Portugal. 2.1. Antes del siglo XIX. 2.2. La ciudad en el siglo XIX. 2.3. La situación contemporánea. 2.4. Apropiación contemporánea de espacios semi-públicos y públicos. 3. Conclusión. 4. Referencias bibliográficas.

En el mundo occidental contemporáneo, las más sonoras reivindicaciones sociales, incluso las más violentas, se hacen no sólo por aumentos salariales, sino también, la mayoría de las veces, en nombre de una exigencia de respeto, de consideración. Es ésta, en efecto, la condición mínima de lo que constituye sin duda la mayor apuesta de todas las competiciones sociales: el prestigio. Éste se debe conquistar y exhibir cotidianamente. Cualquiera que sea su origen, presenta casi siempre tres aspectos: profesional, patrimonial y conductual. La ciudad es su teatro. Aquello que sea o a lo que aspire se manifiesta, entre otras cosas, por la elección de una residencia y por la asiduidad a ciertos lugares.

Sin embargo, esta lógica de la distinción no tiene exactamente las mismas formas en las diversas culturas del mundo contemporáneo. Este ensayo está dedicado a una mejor comprensión de la articulación de las estrategias residenciales y de las formas de afirmación de sí en esta carrera por el prestigio en el marco de una ciudad de Portugal, Évora ayer y hoy.

1. Jerarquía y espacio urbano

Resulta banal observar que de existir sociedades de ideología igualitaria –y el mundo occidental moderno parece haberse especializado en ello– no por eso son realmente igualitarias. Dos tipos de dispositivos diferentes aspiran por tanto a atenuar o impedir las desigualdades: de una parte la redistribución de la riqueza por medio del impuesto y, de otra, el acceso a las posiciones de autoridad mediante concurso o verificación de compe-

tencias, sean estas posiciones administrativas, técnicas o comerciales. La lógica de estos dos mecanismos, que implican ambos la existencia de una burocracia, choca inevitablemente con la acumulación de bienes y la transmisión hereditaria de las riquezas —que el impuesto sólo atenúa— tanto como con la existencia, también inevitable, de redes de solidaridad profesionales, confesionales o simplemente familiares que distribuyen las posiciones de autoridad según una lógica que no es exactamente la de la competencia sancionada por el diploma.

Así, deliberadamente o no, todas las sociedades están jerarquizadas. Esta evidencia de sentido común encuentra por ello innumerables dificultades tan pronto como se esfuerza en definir más precisamente aquello en que consiste la jerarquía, incluso y sobre todo en las sociedades que son ejemplo rotundo de ello, como la sociedad india².

1. 2. *Privilegio y posición de autoridad*

Las diversas culturas que constituyen lo que de ordinario llamamos «mundo occidental» contemporáneo ofrecen casos particularmente intrigantes de compromiso siempre inestable entre las pretensiones de igualdad y una carrera nunca confesada —y a menudo vilipendiada— por el estatus social más envidiable. Las vías de acceso al prestigio son diversas y no todas se miden por la cuenta bancaria; además de que cada una de las sociedades consideradas perciba de forma particular lo que es envidiable, admisible o reprehensible en materia de conquista de la posición social.

Los componentes esenciales de la posición prestigiosa son harto conocidos; se denominan autoridad y privilegio, dos fuerzas que permiten hacer actuar a los otros a su gusto o disfrutar de ventajas que les son a estos denegadas. Ahora bien, se trata de dos escalas de jerarquización social que no son necesariamente paralelas, ni mucho menos, y que se exponen incluso a toda suerte de manipulaciones y conversiones.

Bajo el *Antiguo Régimen*, en Francia, casi todas las posiciones de autoridad dependían de un privilegio concedido directamente por el Príncipe o pagado en moneda sonante (lo que se denominaba la «venalidad de los cargos»), se vendían o transmitían por herencia, incluidos los cargos militares que eran considerados por tanto como bienes de familia. En el mundo llamado moderno, la exigencia de competencias aprendidas ha reemplazado al ideal de servicio transmitido de generación en generación, y la burocracia a la herencia familiar. Este contraste, sin embargo, tiene algo de simplista: ya bajo el Antiguo Régimen, en Francia, coexistían en el ejército, desde el reinado de Luis XIV, varias lógicas de atribución de las posiciones de autoridad: junto a las transmisiones hereditarias aristocráticas, el ministro Louvois había inventado lo que se ha denominado después de él «l'ordre

² En este sentido, en una comunicación reciente con ocasión de un seminario realizado en la Universidad de Nanterre (Francia), José Carlos Gomes da Silva ha mostrado que en Puri la jerarquía de castas, aunque muy *prégnante*, estaba en realidad profundamente camuflada en los rituales.

du tableau» y que consiste en un procedimiento de promoción de rango que combina la competencia reconocida con la antigüedad. Así la lógica administrativa de tipo burocrático se esforzaba ya por subyugar el principio de la transmisión aristocrática obligando a los jóvenes nobles a plegarse a la disciplina impuesta por superiores nombrados tanto por su mérito como por su edad y sin apenas tomar en consideración el origen social. Tocqueville, de hecho, ha mostrado que toda la estructura burocrática del Estado moderno estaba ya casi instaurada antes de que sobreviniese la revolución francesa de 1789; funcionaba por tanto ya en una época donde la lógica de los privilegios constituía aún la trama fundamental de la jerarquía, al menos en el plano de la ideología dominante.

Por el contrario, en el mundo llamado «moderno», todos podemos citar varios ejemplos donde las posiciones adquiridas hayan estado en total contradicción con el principio de competencia burocrática cuando se trata de profesiones, o sin ligazón con la ley del mercado cuando de lo que se trata es de bienes adquiridos. El ejemplo francés es, a este respecto, particularmente instructivo: allí donde se pretenda la encarnación de la igualdad, las derogaciones de la ley común, los favoritismos y las ventajas particulares consentidas a ciertas categorías de la población son innumerables. Sólo un genuino tabú lingüístico prohíbe denominar «privilegios» a estas ventajas, algunas de ellas, como la imposición de alquileres insignificantes a las viviendas pertenecientes a la Villa, no tienen otro nombre. El exceso de estas ventajas, siempre mantenidas más o menos en secreto o, al contrario, virtuosamente denunciadas por aquellos que no las disfrutaban (aunque se aprovechen a menudo de otras ventajas, así mismo mantenidas en secreto), es un aspecto recurrente de la lucha por el prestigio y de la denuncia de aquellos que se entregaban a ella de manera «excesiva». No es cuestión aquí, en absoluto, de tomar partido en estas querellas que son, al contrario, parte del objeto de estudio: la lucha por el prestigio se desarrolla, en el mundo moderno, sobre un fondo de ambigüedad: la competición es valorizada sin cesar y los vencedores constantemente denigrados; siempre será fácil demostrar que estos no han respetado ciertas reglas implícitas o explícitas.

1. 3. *Autoridad, privilegio y jerarquía*

El ejercicio de la autoridad y el disfrute de privilegios pueden ser considerados como dos de los parámetros esenciales del poder.

Max Weber, hace ya tiempo, definió de la manera más simple y más operativa el campo de la autoridad según lo que él llamaba la «dominación», es decir, el hecho de inducir a los demás a actuar según la voluntad de uno en virtud de un principio de legitimidad reconocido por la sociedad considerada. Recordemos brevemente que él denominaba «poder» al ejercicio de una autoridad no-legítima: una forma de dominación legítima siempre corre el riesgo de mudarse fácilmente en una forma de poder, por definición ilegítimo.

Las tres formas de autoridad que él llegó a identificar se definían así por el tipo de legitimidad que invocaban: carisma, tradición y racionalidad. El carisma es la fuerza de convicción atribuida a un individuo particular (el prototipo sería el profeta), la tradición es la fuerza de lo que se ha adquirido «desde siempre», la racionalidad la fuerza de lo que impone la ley, expresión ésta de la razón.

El privilegio, como otro pivote de la jerarquía, se definirá como una ventaja exclusiva, transmitida u otorgada; va unido, por tanto, bien a una supuesta cualidad intrínseca al individuo (nobleza o ancianidad), bien a un favor rendido.

Así, se puede definir la jerarquía como la resultante de estas dos fuerzas que son la distribución de las posiciones de autoridad y el reparto de privilegios, estando las unas y los otros garantizados por parámetros diversos, entre los cuales se cuenta, natural aunque no exclusivamente, el patrimonio.

1. 4. Formas de la jerarquía

La jerarquía puede, por otro lado, estar concebida por los interesados de dos maneras diferentes: bien como una sucesión ordenada de tipo «escala» (por ejemplo, los grados del ejército), bien como un conjunto de agrupamientos en clases (en el sentido matemático del término).

Las jerarquías reconocidas son a veces engañosas en tanto que las posiciones de autoridad o los privilegios que engendran no son más que apariencias que no tienen necesariamente el mismo sentido en sociedades diferentes. El ejemplo de las jerarquías universitarias, sucintamente presentado aquí, ilustrará esta paradoja.

Los docentes universitarios franceses están repartidos en dos grados, Titulares y Catedráticos (el segundo es el más importante), ambos subdivididos en dos «clases», divididas a su vez en escalafones (estos últimos sólo inciden en el salario y son a menudo desconocidos por los interesados). Dentro de un grado se progresa de la segunda clase a la primera por la antigüedad (salvo excepciones...); por el contrario, sólo se pasa de Titular a Catedrático por elección, y con frecuencia en otra universidad. Todo este andamiaje está, no obstante, casi exento de prerrogativas particulares: salvo en las disciplinas más conservadoras, todos los docentes están llamados a impartir las mismas clases en todos los niveles de la enseñanza. La mayoría de las veces los estudiantes ignoran completamente los grados de sus docentes. Un solo detalle —importante, es verdad— se podría reseñar: son por lo común los catedráticos los que dirigen las tesis (aunque cualquiera que esté provisto del diploma de «habilitación» puede igualmente desempeñar este papel). Las posiciones denominadas «de autoridad» —director de departamento, de una *unité de formation et recherche*— son generalmente desempeñadas por turno, independientemente pues del grado; y son con frecuencia vividas como ordalías que es necesario pasar antes que como posiciones halagadoras. En la vida cotidiana de la universidad a nadie se le ocurrirá llamar a un profesor por su título, y hasta el más eminente de ellos deberá aceptar hacer la cola como todo el mundo para obtener el mismo sándwich infame que el más joven de los estudiantes.

Evidentemente, sería falso suponer que no existe, en este entorno como en otros, posiciones de autoridad. Existen, son electivas en principio, ocupadas por cooptación la mayoría de las veces; sin embargo, su atribución, cualquiera que sea la lógica, no guarda en absoluto relación con el grado. Así, éste último es esencialmente una satisfacción de amor propio, provista de alguna incidencia en el salario, y un medio de afirmarse en ese ámbito si se tiene la ambición; no confiere, por sí mismo, posición de autoridad alguna. Por ello, el universitario francés se sorprende mucho cuando visita universidades extranjeras donde lo que se pone en juego en la promoción es verdaderamente el poder. Este es el caso de Portugal donde la jerarquía social no tiene el mismo sentido que en Francia y donde las ambigüedades tampoco son las mismas. La jerarquía no es fácilmente aceptada en Francia y se refugia, subrepticia aunque no por ello menos eficazmente, en los lances de las asambleas; es, por contra, una parte predominante de la vida cotidiana en Portugal y considerada como un objeto en juego para el poder. En una palabra, una posición de prestigio no es necesariamente una posición de autoridad en Francia, sí en Portugal. Este contraste permite comprender que el juego social en torno al prestigio sea más limpio, menos hipócrita en todo caso, en una ciudad o en una universidad portuguesa que en su equivalente francesa.

Este breve ejemplo quiere insistir sobre todas las ambigüedades necesariamente inherentes a la noción de jerarquía, a su relación con la adquisición de una posición de prestigio y a las manifestaciones expresivas y cotidianas de ésta última. Con todo, son los signos de este prestigio los que no son ambiguos: son escasos, pero entre los que se observan de manera recurrente, la residencia ocupa un lugar de excepción. La razón es simple: se trata del elemento más visible de la distinción, también el más importante desde el punto de vista patrimonial. Y cuando ésta no ha sido comprada, sino otorgada, el privilegio que ella representa puede fácilmente traducirse en una suma de dinero. Todos saben, a día de hoy, que las diferencias abisales entre las remuneraciones sirven esencialmente para permitir a los más pudientes alojarse de acuerdo a la etiqueta del prestigio.

1.5. Estrategias residenciales y jerarquía

Una hipótesis que merece ser probada: aquella por la cual existiría un vínculo entre la distribución residencial de los individuos en una ciudad en función de su posición social y la naturaleza de la jerarquización subyacente.

La lógica invita a distinguir dos grandes tipos de jerarquización: la escala y la clase (en el sentido de agrupamientos de individuos en función de un criterio particular). Las diferentes formas de jerarquización social se inspiran en estos dos principios, pero atribuyéndoles en cada caso un peso diferente.

Está claro, por ejemplo, que el principio «aristocrático» estableció un corte de clase nítido y definitivo entre los «nobles» y los «no-nobles», siendo este corte simplemente una consecuencia del nacimiento; sin embargo, dentro de la categoría «noble» existe una jerar-

quización de tipo escalar, e incluso varias jerarquizaciones imbricadas conducen a gradaciones más sutiles³.

Está claro también que la jerarquización de tipo «burguesa» reposa sobre un corte nítido entre «burgués» y «no-burgués», aunque se reconozca en ella una discreta jerarquización interna fundada en la importancia del patrimonio. Una obra esencial aunque muy injustamente desconocida, atribuida a Edmond Goblot (1925), ha mostrado de manera perfectamente clara en qué consiste el efecto de «barrera», distinguiendo los «burgueses» de los «no-burgueses», y cómo se define el efecto de «nivel» que permite a todo burgués reconocerse como tal, independientemente de la escala de los patrimonios. Una gama de criterios bastante amplia permitía definir estos dos efectos: ejercicio de un oficio no-manual, culto de lo vano y de lo inútil en materia de educación intelectual, respeto de convenciones minuciosas y superficiales en cuestión de educación moral. Curiosamente, Goblot olvidaba un criterio esencial: el lugar de residencia. Vamos a interesarnos ahora por este último.

1. 6. Las estrategias residenciales

En la medida en que, en una sociedad aristocrática, la existencia de la posición social no depende de un reconocimiento permanente por los pares, ya que la adquisición de esta posición está dada por el nacimiento, supone solamente una forma de afirmación de sí frente a los no-nobles. Entre otros factores, pero sin duda de manera muy determinante, una residencia suntuosa en medio del pueblo es lo que mejor expresa el carácter excepcional de la posición de alta nobleza.

A la inversa, la existencia de la posición burguesa depende exclusivamente del reconocimiento por los pares, pues solamente ellos pueden juzgar la adecuación de un modo de vida a los principios burgueses y ratificar la pertenencia del individuo a la clase burguesa. Aquí también, entre otros factores, pero de manera si cabe más determinante que en el caso precedente, la residencia en un lugar prestigiado donde viven así mismo otros representantes de la clase burguesa es un elemento determinante de reconocimiento de la posición social.

La consecuencia de estas dos lógicas paralelas es que, en una sociedad de tipo aristocrático, uno espera descubrir palacios y residencias de prestigio dispersas por toda la ciudad; mientras que en una sociedad de tipo burguesa se prevé, por el contrario, observar los barrios diferenciados según la posición social de sus habitantes.

Va de suyo que esta presión de las lógicas de diferenciación social se añade a otras que contribuyen a modelar el paisaje de las ciudades y, entre ellas, se pueden citar tanto las constricciones del lugar como las especializaciones artesanales o industriales locales. No obstante, de una manera al menos tendencial, si la hipótesis de base propuesta aquí es refrendada, cabe

³ La lectura de las memorias del duque de Saint-Simon nos descubre que, bajo el reinado de Luis XIV, la alta nobleza estaba constituida por «Pares de Francia», cada uno de los cuales ocupaba una posición determinada en una escala discreta. Saint-Simon ocupaba el duodécimo lugar e incoó un proceso para impedir la usurpación de esta posición por un concurrente.

esperar la observación de las correlaciones entre tipo de jerarquización social y tipo de ocupación del espacio urbano.

2. El caso de Évora en Portugal

Ciudad que cuenta actualmente con poco más de treinta mil habitantes, Évora es bien conocida por su atractivo turístico: inscrita en el Patrimonio de la Humanidad, se caracteriza, en efecto, por un centro histórico donde reina una perfecta coherencia arquitectónica de sus calles con casas uniformemente blancas, cercadas de ventanas y puertas de color vivo, generalmente el amarillo. Enteramente rodeada por una muralla que data de la Edad Media⁴, la ciudad vieja presenta un cuadro histórico completamente excepcional. Se olvida con frecuencia que esta ciudad fue, en su época, la segunda ciudad de Portugal⁵. Ha permanecido durante mucho tiempo en un plano modesto desde el punto de vista numérico y no ha sido más que después de la segunda guerra mundial cuando su periferia (es decir, la parte «fuera de los muros») se ha desarrollado a raíz de los fenómenos migratorios de sobra conocidos que han llevado progresivamente a los habitantes de los campos hacia las ciudades y después al extranjero. De hecho, entre los años cincuenta, cuando no contaba mucho más de 15.000 habitantes, y el inicio del siglo XXI, Évora ha multiplicado su población por dos en provecho sobre todo, como hemos visto, de la periferia, permaneciendo el «centro histórico» llamativamente intacto.

Évora es una de las dos grandes ciudades del Alentejo, siendo la otra Beja, situada aproximadamente a noventa kilómetros más al sur. Esta última, en el centro de una región productora de trigo, tiene un papel agrícola más sólido, de forma que es sin duda en Évora donde reside la capital administrativa del Alentejo⁶. Además, su vocación universitaria ha llegado a ser evidente con la creación y el posterior desarrollo de la Universidad de Évora que reúne a más de seis mil estudiantes. De hecho, lo que se denomina «centro histórico», es decir, la parte *intra-muros* de la ciudad, se ha convertido principalmente en la residencia de estudiantes y personas ancianas, así como en el paseo de los turistas.

Lugar de un desarrollo demográfico, universitario y hasta industrial desde hace veinte años, tras haber sido una ciudad muy tradicional hasta los años cincuenta⁷, Évora ofrece un caso particularmente interesante donde observar la apropiación del espacio en función de la jerarquización social y de sus modificaciones.

2.1. Antes del siglo XIX

Dominando su entorno latifundista la ciudad abrigó una población contrastada de modestos, incluso pobres, jornaleros o sirvientes, pero también de numerosos artesanos, militares,

4 Reconstruida en 1940, como todas las murallas de Portugal.

5 María Cátedra ofrece un interesante artículo sobre la manera en que los habitantes de Évora representan el pasado mítico de la ciudad (Cátedra, 2001).

6 Sin por ello ser capital regional, ya que Portugal ha rechazado, por referendun, la regionalización.

7 Hasta el punto de rehusar implantaciones industriales que hubiesen «desnaturalizado» la región.

aristócratas y órdenes religiosas. Esta estructura de sociedad «en estamentos» se refleja bastante claramente en la distribución de los palacios, los únicos edificios de los que puede aseverarse que su situación y aspecto no ha cambiado hasta día de hoy.

Ahora bien, como lo preveía la hipótesis avanzada al inicio de este ensayo, estos palacios están dispersos por toda la ciudad. Se encuentran tanto en la periferia, cerca del recinto amurallado como en el centro, cerca de la catedral. Esta dispersión tiene sentido, por completo coherente con la estructura social que ha prevalecido hasta finales del siglo XVIII. Hasta esta época, en efecto, estaba bajo una jerarquización social de tipo aristocrático, basada por tanto en la oposición irreducible de dos grupos, los nobles y los no-nobles o, si se prefiere, los «pudientes» que formaban una suerte de casta que se reclutaba por el nacimiento⁸ y los otros. De entre los «pudientes», los situados en las posiciones superiores debían manifestar, a ojos del pueblo, su magnificencia a través de un modo de vida excepcional y, en consecuencia, por palacios admirables repartidos por toda la ciudad. Se puede encontrar una dispersión del mismo tipo en París donde los «hoteles» aristocráticos (que son de hecho palacios) se encuentran dispersos tanto en el Marais como en la orilla izquierda, o sea, sobre toda la superficie que ocupaba la ciudad hasta el siglo XVII.

La situación ya es diferente al inicio del siglo XIX.

2.2. La ciudad en el siglo XIX

El Alentejo es una región de grandes propiedades de latifundio, o sea, de grandes explotaciones agrícolas, en el centro de las cuales se enclava un conjunto de edificios de explotación y residencia que se denomina *monte*. La naturaleza de estos *montes* varía en el espacio y en el tiempo: más importantes al sur que al norte de la provincia, éstos desempeñan un papel más considerable a partir del siglo XIX que ve una concentración de la propiedad después de las ventas de bienes eclesiásticos (H. Fonseca, 1992, 2001). Los latifundistas y los empleados se codean; numerosos trabajadores agrícolas habitan las pequeñas ciudades o los pueblos grandes dispersos por la región. La estructura social tradicional del Alentejo está típicamente constituida por trabajadores agrícolas pobres, propietarios ricos y, desde el siglo XIX en todo caso, por una burguesía comerciante activa. Fuera de los *montes* rurales, es, por supuesto, en las ciudades —y muy particularmente en Évora— donde se pone en juego la jerarquía social, ya que en el mismo lugar cercado por la muralla coexisten gentes de varias posiciones sociales y fuertemente contrastadas. De modo que se debe poder reparar en la sucesión de diferentes tipos de ocupación del espacio coincidente más o menos con las modificaciones de los principios de jerarquización social. Esta observación está, por añadidura, favorecida por la ausencia de actividades industriales o artesanales importantes sometidas a unas coacciones técnicas o medioambientales fuertes: la lógica de apropiación del espacio —si hay tal lógica— está por ello

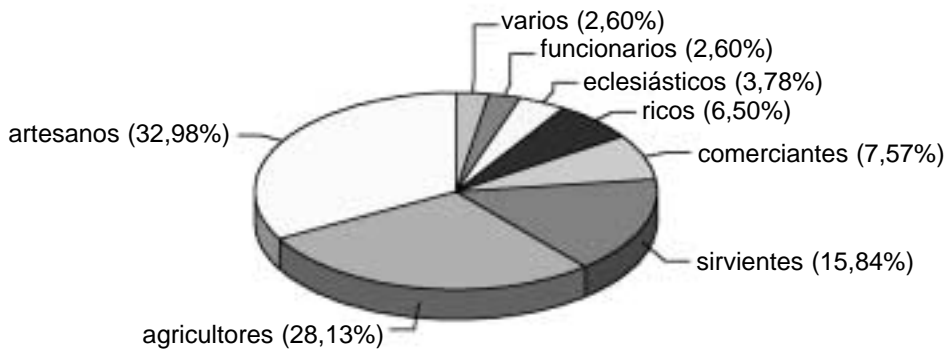
⁸ Salvo quizá ciertos casos como el de los eclesiásticos y militares.

estrechamente condicionada por la jerarquía social y su inevitable manifestación en la ciudad.

En definitiva, es preciso reseñar que los archivos provinciales ofrecen, de este siglo XIX, un documento de importancia considerable: las listas electorales censitarias. Como otros países europeos por la misma época, Portugal conoce, en efecto, un sufragio censitario. La consecuencia es que las listas electorales no mencionaban más que las personas que pagaban el impuesto y, como éstas daban su dirección además de, a veces, su nivel impositivo, es posible llevar a término una suerte de geografía del prestigio.

Durante el primer cuarto del siglo XIX, época de la que disponemos de algunos censos más o menos exhaustivos en su concepción aunque parciales considerando el número de los que quedan, sorprende constatar que la ciudad está entonces llena de jardines cultivados. El número de direcciones designadas bajo la cláusula de «*orta da...*» es realmente impresionante. Es difícil hacerse hoy una idea de este paisaje, medio urbano, medio rural, pero se puede no obs-

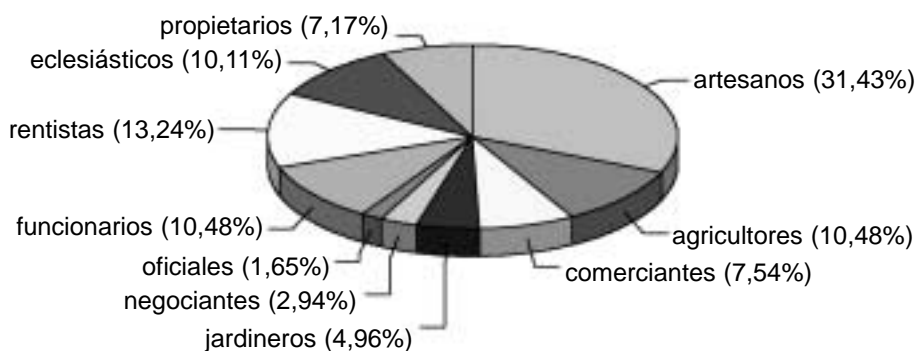
Cuadro 1: Distribución de las profesiones en 1838.



tante recordar que una gran explotación agrícola existía aún *intramuros* hace una década⁹. A principios del siglo XIX la población de Évora contaba con una pequeña franja de ricos, propietarios, eclesiásticos, muchos artesanos y una cantidad considerable de criados (cf. Cuadro 1). Por supuesto, todos los palacios que aún hoy pueden ser admirados no se habían convertido, como es ahora el caso, en administraciones o departamentos de la universidad, sino que estaban ocupados ya por órdenes religiosas, ya por familias acomodadas.

El cuadro 2, que expresa la situación ocho años después del precedente, sólo concierne a los electores, siendo así normal que los sirvientes y los jardineros pobres hayan desaparecido; se

⁹ Hoy ha desaparecido para ceder su lugar a un hotel de lujo.

Cuadro 2: Profesiones de los electores en 1844.

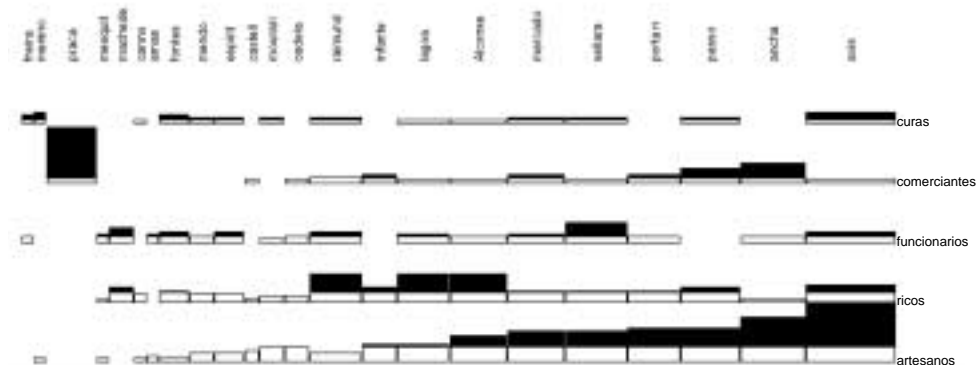
aprecia muy claramente, no obstante, que cerca de la mitad de los electores está constituida por los que se pueden denominar como los «pudientes», o sea, personas que disfrutaban de ingresos considerables sin ejercer una profesión manual. ¿Cómo se reparten todos estos electores por la ciudad?

Es posible hacerse una idea de ello realizando diversos agrupamientos y trasponiéndolos sobre un mapa. De esta forma, si tomamos las calles que aparecen mencionadas más de cinco veces en la lista electoral y donde por tanto viven al menos cinco electores, se obtiene una primera lista de calles habitadas de manera privilegiada por dichos electores. Si se cruza esta lista con la de las categorías profesionales que figuran en el cuadro 2, se obtiene un cuadro susceptible de ser tratado por distintos procedimientos estadísticos, de los cuales el más fructífero es sin duda el análisis multivariado¹⁰. El cuadro 3 presenta los resultados de uno de estos análisis bajo la forma de histogramas en los que la altura expresa la importancia ocupada por la calle de la profesión considerada¹¹.

Sin necesidad de consultar un mapa, aparecen muy claramente las dos profesiones que contribuyen principalmente a la variación de la distribución; se trata, parece evidente, de los

¹⁰ El análisis multivariado consiste en tratar un cuadro de entrada doble (llamada de contingencia) como una matriz de vectores *lignes* (los individuos) y de vectores *colonnes* (las variables) y en disponer los vectores así obtenidos de tal forma que sus características comunes se vuelvan perceptibles. De ello resulta un gráfico que, teniendo en cuenta las dos dimensiones principales que configuran el cuadro, hace aparecer las influencias recíprocas de los individuos y las variables.

¹¹ Este tipo de presentación es poco usual, pero tiene la ventaja respecto al cuadro clásico de dos ejes de reflejar más claramente la relevancia de diversos factores. La parte blanca del histograma representa la fracción por debajo de la media de la *ligne*.

Cuadro 3: Distribución de profesiones por calles mencionadas más de cinco veces en 1844¹².

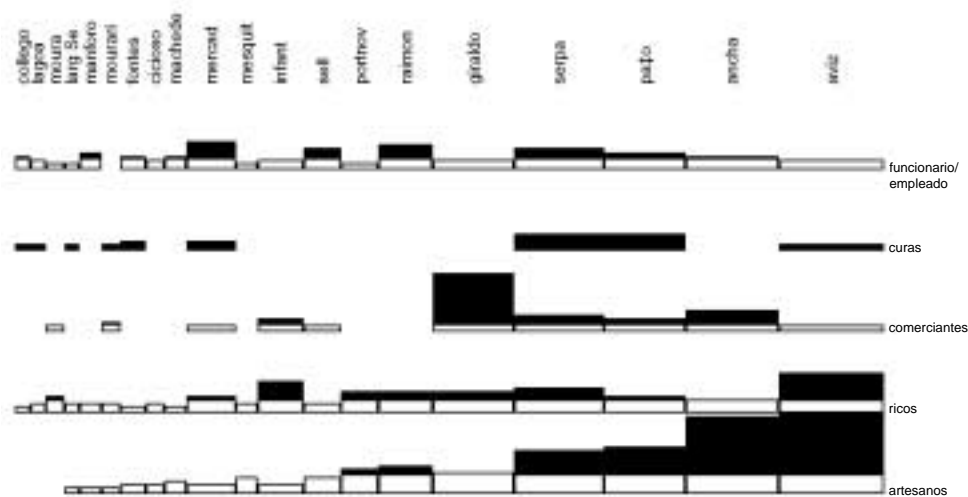
comerciantes y artesanos. Los primeros se encuentran esencialmente en la plaza central y en las grandes arterias que allí desembocan directamente; los segundos en estas mismas arterias y en proporción creciente a medida que uno se acerca al centro. No hay en esto nada más lógico: ¡comerciantes y artesanos están allí donde encuentran clientes! ¿Qué decir de los «pudientes»? Las calles que éstos ocupan parecen inscribirse, al menos de manera tendencial, en el subconjunto que conforman cuatro calles (situadas en el centro del diagrama); dos de ellas son grandes vías en tanto que las otras dos son calles más estrechas, aunque todas conducen directamente a la plaza central. No se trata en absoluto de lo que podría llamarse un «barrio», pero sí de una suerte de agrupamiento.

Esta primera conclusión, que tiene algo de reconfortante si nos atenemos a la hipótesis de partida de este ensayo, no puede ser confirmada por el examen de la situación en 1892, donde se ve, en cierta medida, cómo se disuelve el agrupamiento observado a mitad del siglo XIX.

Casi cincuenta años después del censo precedente, la misma lógica sigue en marcha, y quizá de manera aún más clamorosa: concentración de todos los electores en las grandes arterias, en algunas de ellas los artesanos, los comerciantes en la plaza central; predilección de los pudientes, bien por estas anchurosas calles, bien por las más pequeñas que se irradian en torno al centro. Sigue sin haber aquí un barrio burgués.

Se está en presencia de una situación que es en realidad movедiza pues, en cinco décadas, la estructura social de la ciudad ha evolucionado, como así lo ha mostrado Helder Fonseca. En adelante, apenas habrá oposición entre la aristocracia y el resto de la población, más bien al contrario, fusión, a través del matrimonio, entre los descendientes nobles y una parte importante de la emergente burguesía comerciante. Esta fusión no va acompañada de un agrupa-

¹² Este cuadro ha sido obtenido utilizando el *software* AMADO.

Cuadro 4: Distribución de calles de más de 5 menciones en 1892.

miento residencial como cabría esperar, sino que parece, por contra, participar de una especie de dispersión; los adinerados parecen adoptar un comportamiento que les acerca a los artesanos y a los comerciantes. Lejos de centrarse en algún barrio donde reconocerse entre pares, como invitaría nuestra hipótesis, se dispersan por la ciudad. ¿Cómo interpretar esta situación?

A decir verdad, los cuadros que he hecho constar anteriormente hablan sobre todo de aquello que no muestran: las callejuelas. Éstas, en efecto, casi nunca aparecen en las listas electorales censitarias. Y cuando lo hacen, se constata con relativa solvencia que se debe a que una casa imponente, con frecuencia aún visible hoy en día, se ubica allí. Una conclusión simple parece imponerse de pronto: las callejuelas son las que pueblan los pobres, aquellos que no son electores. Aquí, es importante adquirir una visión más precisa de la geografía de Évora. Es una ciudad más o menos circular (al menos la parte *intamuros*) donde todas las grandes calles convergen hacia el centro; entre éstas se hallan las callejuelas, que se unen transversalmente las unas con las otras. A partir de aquí la distribución espacial del prestigio se vuelve más clara: los «pudientes» (así como los artesanos y los comerciantes) ocupan las calles grandes o un poco menos grandes, que están orientadas hacia el centro; los pobres las pequeñas calles transversales.

¿Cómo hacer conciliar una observación tal con la hipótesis de partida?

Se admitirá que, de no existir un barrio en el sentido técnico del término (agrupamiento de habitantes dentro de un perímetro dado), sí existen al menos preferencias residenciales muy claramente perceptibles que invitan a la conclusión siguiente: las grandes arterias y algunas otras hacen las veces de barrio. Esta conclusión se corrobora con la observación de las calles en cuestión.

No hay más que pasear por Évora, todavía hoy, para percibir el contraste entre las grandes calles y las callejuelas transversales: mientras que éstas últimas están dominadas por casitas bajas, con frecuencia sin un piso de altura siquiera, las primeras son, al contrario, lugar de suntuosas mansiones o inmuebles de dos o tres pisos, provistos de balcones de hierro forjado. Ahora bien, estas residencias no sólo son imponentes y majestuosas, también son denominadas: se suelen caracterizar utilizando el término de «casa *nobre*». Y esta expresión es precisa: requiere que el edificio considerado tenga, en cada piso, una hilera de seis ventanas y esté ornado con decoraciones o filigranas arquitectónicas de las que otros carecen. De este modo, se entiende meridianamente que las grandes arterias sean precisamente el espacio de las *casas nobres*, es decir, las casas que los «pudientes» se sienten impelidos a habitar, y las largas avenidas el teatro en el que estos se reconocen.

Así, aunque el conjunto de grandes calles no sea técnicamente un barrio, es el equivalente funcional, en términos de puesta en escena, de la jerarquía social.

Sin duda conviene añadir algunos factores que ayuden a explicar esta disposición. En primer lugar, existe una complementariedad necesaria entre los «pudientes» y los «pobres», siendo éstos generalmente los empleados o los sirvientes de aquéllos; y la situación más simple de todas y la menos susceptible de reificar los antagonismos es que los sirvientes y empleados vivan, no lejos de los «pudientes», sino en una estructura de ocupación diferente: las callejuelas transversales¹³. En segundo lugar, la dimensión aún relativamente modesta de la ciudad, igual que la ausencia de especialización industrial, que siempre entraña irremediablemente una distribución en barrios diversos, explica sin lugar a dudas por una parte esta ausencia de barrios socialmente marcados. Se observa, no obstante, que la diferenciación social se expresa de manera no-ambigua.

2.3. *La situación contemporánea*

En el curso del siglo XX, los alrededores inmediatos de la ciudad—los que están justo más allá de los muros— han sido progresivamente apropiados, primero bastante lentamente, después más vivamente hacia el fin de siglo. Estos han sido durante mucho tiempo una especie de pueblos que se fueron implantando, sin plan de urbanismo y a la manera de pequeñas aglomeraciones rurales. Tras la segunda guerra mundial el fenómeno se amplificó y ha requerido cierta coordinación por parte del municipio. Así se edificó un conjunto de inmuebles de alquiler moderado en la carretera de Lisboa, y después de la Revolución de los Claveles, un conjunto

¹³ Si trasponemos este análisis al caso de París en esa misma época, se observarán estos dos fenómenos concurrentes: por una parte una distribución en barrios burgueses y proletarios debida principalmente a la especialización técnica e industrial de ciertos barrios; por otra, una co-residencia de burgueses y de no-burgueses (a menudo sus empleados o sirvientes) en los mismos inmuebles, pero en pisos diferentes. Los burgueses ocupaban los pisos bajos, fácilmente accesibles y de techos altos, mientras que los otros eran relegados a los pisos de arriba, de acceso más difícil en ausencia de ascensor, y con los techos bajos. En París la diferencia de alturas era el equivalente funcional de la diferencia de calles en Évora.

arquitectónico muy original, destinado a alojamiento social pero también con ambiciones artísticas evidentes. Sin embargo, mientras unas iniciativas municipales veían así la luz, inversiones privadas hacían brotar de la tierra barrios enteros de casas individuales de concepción anglosajona¹⁴, destinados a las capas más acomodadas de emigrantes. Durante el mismo período, efectivamente, la vocación administrativa y universitaria de la ciudad se afirmaba y, por tanto, veía instalarse una franja relativamente privilegiada de funcionarios, de profesores y, más en general, de representantes del sector terciario. Esta tendencia no ha dejado de incrementarse durante los quince últimos años.

La integración de Portugal en la Comunidad Europea ha permitido la realización de significativos trabajos de infraestructura viaria que, no sólo acabó con el aislamiento de la región, sino que ha puesto a Évora a poco más de una hora de Lisboa, además de facilitar enormemente toda la circulación en torno a la ciudad. Desde entonces, los alrededores ofrecen facilidades de circulación y estacionamiento muy superiores a las de la ciudad *intramuros*; además, la instalación de establecimientos industriales así como restaurantes más o menos a la moda y centros administrativos está a punto de descentrar Évora. Ahora parece como si ya no se pudiese hablar de un centro activo y de suburbios más o menos dormitorio, sino más bien de una ciudad activa y de un centro histórico, turístico y universitario. La fisonomía tanto urbanística y económica como social de la ciudad se halla profundamente afectada. Este desarrollo y esta diversificación han tenido como consecuencia una apropiación diferenciada de los espacios: la creación, después de cuatro décadas, de cuasi-suburbios «sociales» y de nuevos barrios «acomodados» no ha hecho más que acrecentarse. Es entonces cuando un domicilio se vuelve distintivo social: los auténticos barrios han aparecido con su propia personalidad social y su sentido jerárquico. Hasta el punto de que, paseando un día por el sur del contorno de Évora, en medio de casas de apariencia imponente, un amigo, nativo de la ciudad, me dijo «¡Aquí viven los médicos y los ricos!». No sólo los barrios se oponen entre sí y se vuelven signos de prestigio, sino que la mejoría de las condiciones de circulación así como la emigración rural conducen a la instalación en los *montes* más o menos grandes de una fracción nada despreciable del estrato acomodado de la población. El lugar de residencia, así como el tipo de hábitat, distingue de ahora en adelante y con bastante precisión las posiciones sociales.

2. 4. *Apropiación contemporánea de espacios semi-públicos y públicos*

Si la posición social se manifiesta en lo sucesivo por el lugar de residencia, como en casi todas las ciudades del mundo occidental, aquella se debe dejar ver en la vida cotidiana a través de la visita asidua a ciertos lugares privilegiados. Actualmente los restaurantes desempeñan un papel esencial.

¹⁴ El chalet adosado se presenta como una especie de modelo general en muchos de los *barrios* limítrofes de Évora: se trata de casas individuales, pero juntas por pares, siendo la división efectuada bien por pisos, bien por vecindad.

No hace más de una década apenas se podía contar en Évora más que un reducido número de restaurantes de categoría; lo cierto es que no había más que uno solo cuya reputación traspasase nítidamente los límites de la provincia e incluso de Portugal. Era allí donde se encontraban, un poco como por azar, todas las personas conocidas de la ciudad: se iba allí a comer o bien se bebía un vaso charlando de paso con los notables, mientras que algunos turistas adinerados degustaban la gastronomía renombrada del lugar. La carta es significativamente variada y se encuentran innumerables platos que, a la manera de tapas españolas, llegan a la mesa de improviso y suelen ser especialidades de la casa, escasas y caras. El frecuentar este restaurante —de hecho bastante difícil de encontrar, apartado como está de las grandes vías de comunicación— aparece como una suerte de carta de presentación probando la pertenencia a la buena sociedad. Esta es, por lo demás, una especie de constante social en el Alentejo donde la «buena sociedad», sobre todo masculina, parece que se distingue desde hace tiempo por la asiduidad a algún café o círculo particularmente notable¹⁵. Sin embargo, al lado de este lugar de postín gastronómico, se encuentran los restaurantes llamados «populares», siempre agradables de visitar en razón de la buena calidad de los platos y del precio barato, aunque no son de ninguna manera lugares pomposos de encuentro: allí se va sobre todo a comer, entre colegas o en familia, pero sin ostentación. Este contraste entre un lugar de prestigio a la vez social y gastronómico y los pequeños restaurantes populares se corresponde bastante bien con una jerarquía social fundada en una fuerte oposición entre los «pudientes» y los «otros». Sin embargo, hace quince años ésta ya no era la situación social de Évora; la sociedad ya no se conformaba a este contraste simple. Innumerables posiciones intermedias habían aparecido, de forma que no sorprende que, en un tiempo realmente muy breve, se haya asistido a una auténtica eflorescencia de restaurantes que intentan, la mayoría de ellos, ocupar una posición lo más cercana posible al lujo reconocido del mejor. De aquí en adelante, todas las personas de la ciudad que ocupan las posiciones sociales más o menos importantes van de un restaurante a otro, sometiendo a prueba tanto las pretensiones culinarias como la concurrencia. Estos son, no sólo lugares de recreo —esto es indiscutible— sino también lugares de socialización «que demarcan la clase» [*classante*] desde el punto de vista social. En este tiempo también se multiplican los cafés y bares para estudiantes que ocupan a menudo el lugar de las viejas tabernas populares; sólo éstas últimas padecen por tanto la diversificación social de la ciudad pues está claro, en efecto, que si siempre constituyen un atractivo para los medios populares y los antropólogos anclados en el pasado, ya no responden a las aspiraciones sociales de los ciudadanos contemporáneos.

Si siempre es bueno ser visto en los sitios de moda, también lo es ser invitado a los eventos oficiales o semi-oficiales organizados por la ciudad o por una institución local. Estas ceremonias o inauguraciones diversas dan siempre pie a algunos discursos y presentaciones a la pren-

¹⁵ Francisco Ramos: comunicación personal.

sa después de magníficos banquetes, de un arte culinario muchas veces sublime, donde se encuentran personas de horizontes opuestos que sólo este refinamiento de cortesía y gastronomía hace que hablen entre sí.

Si los sitios y las circunstancias semi-públicas se convierten así en el teatro donde se representa el prestigio entre categorías de población nacidas de la diversificación social contemporánea, los sitios públicos, por lo que a ellos respecta, permanecen más tradicionales: la plaza central (*praça do Giraldo*) es siempre lugar de encuentro de hombres que llegan allí para discutir en pequeños grupos al final de la mañana, como en cualquier otra parte de Portugal; sólo las mesas puestas para los turistas por los cafés de alrededor vienen a perturbar ligeramente este orden tradicional, pero de manera casi imperceptible. Las grandes calles son la pasarela de mujeres y estudiantes; el jardín público el retiro de ancianos y niños, como es costumbre.

En esta región que estuvo durante mucho tiempo caracterizada por un fuerte antagonismo social, no resultará extraño pretender oponer los «encorbatados» a los «no-encorbatados». Con este criterio en mente, es evidente que la calle y los espacios públicos de la ciudad *intramuros* son el terreno de los «no-encorbatados» mientras que los espacios semi-públicos y los rituales de sociabilidad que en ellos se desarrollan son el espacio de afirmación de sí de los «encorbatados».

3. Conclusión

El punto de partida de este ensayo era una hipótesis simple en cuanto a su concepción, pero compleja en cuanto a sus implicaciones. Consistía en recordar que toda forma de diferenciación social supone la existencia de posiciones sociales que se inscriben en una escala de prestigio y se manifiestan tanto por sus características patrimoniales como por sus signos externos de distinción. El lugar de residencia parece poder combinar estos dos aspectos: por su importancia, éste siempre reviste un aspecto patrimonial preponderante, por su emplazamiento o su estilo (o los dos) es un signo de pertenencia a cierto estrato de la sociedad.

Se había admitido igualmente —y este punto es de una importancia crucial— que las estrategias residenciales a las que esos dos aspectos conducían necesariamente podían adoptar formas diferentes según el tipo de estratificación social a la que se había confrontado y debía, además, modificarse cuando esta última evolucionaba: en las sociedades aristocráticas, los palacios dispersos, y en las sociedades burguesas los barrios diferenciados.

El caso de Évora muestra que la realidad es más compleja: la transición del siglo XIX, en la que sucede una fusión de la vieja aristocracia y la burguesía naciente, conduce, no a la aparición de barrios, sino a una apropiación diferenciada de las calles: las grandes arterias para los artesanos y comerciantes, por un lado, para los «pudientes» de otro, las callejuelas para las gentes del pueblo. Sin embargo, los desarrollos económicos recientes (finales del siglo XX) hacen por fin aparecer una lógica de barrio, que arrastra parte de la oposición entre la ciudad *intramuros* y la ciudad *extramuros*. Ésta última, que no era más

que una especie de suburbio, a veces popular, a veces distinguido, incluso en los años ochenta, se ha convertido ahora en el foco vivo de la ciudad. En cuanto a la parte *intramuros*, que fue la verdadera ciudad hasta esta época, se ha vuelto una suerte de museo abierto y de ciudad para estudiantes y ancianos. Ahora bien, en la ciudad extramuros, en la que se ha fraguado el desarrollo económico contemporáneo, se ve muy nítidamente aparecer la lógica de segregación residencial común a todas las grandes ciudades del mundo occidental contemporáneo. Nada escapa a la lógica a la vez patrimonial y «clasista» [*classante*] de un domicilio.

En definitiva, si parece evidente que frecuentar espacios semi-públicos, como los restaurantes, juega un papel preponderante en la significación conductual de los diferentes estratos de la población, resulta no obstante perceptible que frecuentar lugares públicos, en la ciudad *intramuros* en todo caso, no obedece a esta lógica. La tradición (reunión de hombres en la plaza pública) y la modernidad (los estudiantes, los turistas) se codean con una armonía sutil que confiere, finalmente, todo el encanto a esta ciudad.

Traducido por Fernando Lores
Revisado por Marie José Devillard

4. Referencias bibliográficas

AUGUSTINS, G.

- 1996 «Différenciation sociale et appropriation de l'espace en milieu urbain. Le cas d'Evora au Portugal», *Ethnologie française*, XXVI, 3: 464-476.

CARVALHO, J.

- 1990 «Evora», *Administração urbanística*. Évora, Câmara Municipal de Evora.

CASCAIS, M.

- s.f. Simbología urbana; Universidade de Évora; inédito.

CÁTEDRA, M.

- 2001 «Simbolismo en la ciudad. Una comparación de dos ciudades ibéricas», M. Cátedra *La mirada cruzada en la península ibérica. Perspectivas desde la antropología social en España y Portugal*, pp.: 273-308. Madrid, Catarata.

CUTILEIRO, J.

- 1971 *A Portuguese Rural Society*. Oxford, Clarendon Press.
1977 *Ricos e Pobres no Alentejo* [traducción del anterior]. Lisboa, Sá da Costa.

FONSECA, H. A.

- 1992 *Economía e atitudes economicas no Alentejo oitocentista*. Évora, Universidade de Evora (Tesis de Doctorado).
2001 «Três séculos de mudanças no sector agrario alentejano: a região de Evora nos séculos XVII a XIX», *Ler História*, nº 40: 43-94.

GASPAR, J.

1972 A área de influencia de Evora. Sistema de Funções e Lugares Centrais. Lisboa, Instituto de Alta Cultura.

GOBLOT, D.

1984 [1925] *La barrière et le niveau. Etude sociologique de la bourgeoisie française moderne.* Brionne, Monfort.

RAMOS, F.

1997 *Os Proprietários da Sombra.* Lisboa, Universidade Aberta.

SAINT-SIMON, Duc de

1829 *Mémoires.* Paris, Saudelet.

SIMPLIÇÃO, M. D.

1991 *O Espaço Urbano de Evora. Contributo para melhor conhecimento do sector intra-muros.* Evora, Publicações (Universidade de Evora. Geociências).

TOCQUEVILLE, A. de

[1856] 1967 *L'ancien Régime et la Révolution.* Paris, Gallimard.





